

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 16 (2006)

Artikel: Prólogo Roger Wolfe y el Neorrealismo español de finales del siglo XX
Autor: López Merino, Juan Miguel
Kapitel: 5.: Conclusiones
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840906>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 15.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

VI. CONCLUSIONES

Herederero directo de autores norteamericanos como Saroyan, Hemingway, William Carlos Williams, Bukowski o Carver, de maestros franceses como Sartre o Céline y de pensadores como Cioran, Roger Wolfe es, debido a su mestizaje cultural, un ejemplar único en las letras españolas, además del impulsor, a partir de la década de los noventa, del actual *neorrealismo* literario español. La obra *in progress* de Wolfe, tan audaz, *fuerte* y ágil como reflexiva, ha derribado barreras entre géneros hasta conformarse como la expresión de lo que el propio autor llama Escritura Total.

Los otros bastiones de su obra son: la creación de un nuevo modo de versificación, por un lado alejado de cualquier tipo de patrón métrico conocido en nuestras letras y por el otro en deuda con el habla viva y con la poesía norteamericana de la segunda mitad del siglo veinte; su vitalismo trágico; su entereza ante la tentación de «seriedad», de ahí su consiguiente uso catártico del humor, y ante la tentación de salvación, de ahí su valentía para no proponer alternativas; su defensa de la contradicción (ya que donde se da la paradoja, muere el sistema y triunfa la vida) y del derecho a equivocarse, a cometer –Cioran *dixit*– errores palpitanes, errores que laten; y por último, su modo de encarar la reflexión, que aquí vamos a llamar «pensamiento frontal».

A lo largo de este trabajo ya nos hemos ido ocupando de señalar y perfilar en mayor o menor medida todas estas características wolfianas; con todo, hay un par de aspectos, como es el caso de los conceptos «Escritura Total» y «pensamiento frontal», de los cuales todavía tenemos que apuntar ciertos detalles. Sirvan estas páginas finales para subsanar ese vacío a la vez que de repaso concluyente de las tesis fundamentales de nuestro trabajo.

Neorrealismo

Frente a cualquier forma de idealismo, este nuevo realismo literario es desarraigado, urbano, intrahistórico, minimalista, pretendida y radicalmente subjetivo –y, precisamente por eso, *válido*– a la vez que hijo de su tiempo. Es un *neorrealismo* que encara los nuevos problemas sociales –o, si se prefiere, los problemas de siempre pero con sus nuevas caras– sin echar mano de los antiguos discursos ideológicos, esclerotizados ya e inservibles, y sin volver la vista ante las nuevas artes (el cine, el rock, la publicidad). Es un realismo –valga la expresión– occidental, para el que la tradición española es sólo una tradición más entre varias, y que por tanto carece de cualquier matiz costumbrista, localista, castizo, etc.; es decir, es un realismo *más allá* de la Modernidad. Un tipo de escritura que no acepta la distinción entre expresión bella y expresión exacta, y que, en cambio, parte de la idea de que si el escritor consigue decir lo que piensa, en ello hay belleza. Es, en definitiva, un realismo que, frente a cualquier forma de literatura de imaginación, se quiere de observación, y cuyo observador se sabe nimio (Pasolini: «La profesión de poeta como tal es cada vez más insignificante»), sin privilegios, y que moldea su obra desde la lengua viva y sin callar contenidos.

Este nuevo realismo inaugurado por Wolfe en España mantiene paradójicamente el equilibrio entre un clasicismo descreído de sí mismo y un romanticismo sin absoluto. Sin dejar de interactuar con su tiempo, de atender a «las cosas que pasan en la calle» y a las cosas que les pasan a los hombres, la obra de Wolfe es una contención convulsa a la vez que una erupción refrenada.

La grandeza de Beethoven, la sublime grandeza de Beethoven (de quien conviene recordar que sudaba sangre a la hora de componer), no superada jamás por artista alguno, reside en el profundo sentimiento y la brutal fuerza que consigue expresar sin abandonar nunca del todo la forma clásica.

En eso –contenidos que rompen el molde sin desfigurarlos– consiste la esencia de cualquier auténtica innovación. (HG: 95)

La adustez clásica unida al desbocamiento romántico: razón e instinto juntos, control y sentimiento reunidos, inteligencia y *pathos*,

lucidez y *abismo*, clarividencia y desesperación, hondura y fuerza, neuronas y sangre, respeto y osadía, amor y odio, acción y reacción, luz y sombra, claridad y misterio, calma y guerra, risa y llanto, vida y muerte; es decir: contradicción viva⁵¹⁴, anhelo de un conocimiento de la vida que llega hasta sus aspectos más monstruosos y que, no obstante, conserva un amor apasionado por ella. En dos palabras: vitalismo trágico.

El *neorrealismo* wolfiano representa la vida en su complejidad y variedad, sin titubear ante lo mundano y la bajeza, sin retroceder ante lo que la crítica ha llamado «suciedad», ya sea económica (la pobreza), moral (los *bajos* instintos) o estilística (el prosaísmo y el argot), y sin ese esfuerzo de purificación del idealismo que hace emerger, entre la infinita variedad de casos, tan sólo lo excelso.

El *neorrealismo* de Wolfe, frente a cualquier forma de supuesto objetivismo, se sabe y se quiere menos aséptico que los realismos anteriores, más intencionadamente subjetivo y personal —es decir: *diverso*—; de manera que la famosa definición que Bajtín diera de la estética goethiana («el ojo que ve») podría reformularse del

⁵¹⁴ Ya hemos hablado a lo largo de este trabajo de la natural propensión de Wolfe a la contradicción constante. Añadamos algo al respecto. Esa tendencia resulta más innata todavía si tenemos en cuenta que a Wolfe le ha sido diagnosticado en los últimos años un «trastorno bipolar». En una de sus últimas colaboraciones periodísticas —«La ciclotimia es el hombre (I)», *Quimera*, marzo de 2002—, él mismo nos da cuenta de este hecho y nos explica en qué consiste: «La ciclotimia o trastorno bipolar se define en medicina como una “psicosis con fases periódicas de agitación y depresión; forma ligera de la locura circular”. Si vamos a la definición de “locura circular”, el diccionario nos informa de que se trata de un “denominación ya en desuso de la psicosis maniaco-depresiva”.» (p. 66) Y a continuación reflexiona sobre las consecuencias que un estado así tiene en la escritura, en su escritura:

«Nada de lo que escriba un ciclotímico será el resultado de un programa. El ciclotímico escribe a golpes de ansia; sus oscilaciones emocionales son el camino de sirga de su obra. No hay hombre más *concreto*, en el sentido unamuniano del término, que el maníaco depresivo. No hay escritura más subjetiva que la del ciclotímico; el único problema es que lo que leas en una de sus páginas probablemente será refutado en la siguiente; y ambas cosas, reducidas a polvo en la que venga a continuación.» (p. 67)

siguiente modo: *el hombre que vive y observa*; a pesar de todo lo cual, esa subjetividad, al ser proferida sin el menor atisbo de idealismo y sin obviar el marco histórico en el que nace, se transforma paradójicamente en una nueva forma de auténtica «objetividad». En otras palabras: el *neorrealismo* es hacer realismo de uno mismo y de su circunstancia.

[...] mantener los ojos y los oídos bien abiertos –dice el propio Wolfe–, registrar, procesar, reflejar –a mi manera, y con el corazón en una mano y la tradición que yo, personalmente, me he forjado y he aprendido a respetar, en la otra– la realidad y el mundo, tal y como yo los concibo. (HG: 162-63)

Para poder escribir desde estos postulados hace falta algo más que mero estilo. Para escribir así es necesario haber *resistido* a cualquier verdad, no defender ya nada. Para escribir así hay que saber que la benevolencia hacia los hombres no es más que una forma más sutil y ladina de autocomplacencia, y que lo mejor que a estas alturas puede uno hacer por la Humanidad es bajarle los humos, *humillarla*.

Constatar lo obvio⁵¹⁵

La mejor manera de progresar es no moverse; o lo que es lo mismo, mantenerse fiel a uno mismo. (HG: 108)

⁵¹⁵ «*Constatar lo obvio*.– Vivimos tiempos en los que cada vez se hace más necesario repetir cosas que deberían darse por sentado. Las verdades más elementales no sólo no han quedado vistas para sentencia para siempre, como cabría esperar después de dos mil años de historia, sino que de manera constante son puestas en cuestión por una creciente turbamulta, generalmente mediática, de nuevos subnormales surgidos de un nefasto proceso de globalización de la idiotez. Frases como «Ni que decir tiene» o «Huelga decir» van adquiriendo una carga irónica de tintes auténticamente tragicómicos. Porque lo cierto es que cuando se habla de retrasados mentales, no hay nada que huelgue decir. Nunca como hoy había resultado tan oportuno afirmar que la tarea del escritor consiste en constatar lo obvio.» (OG: 122-123)

La historia de Occidente es una avalancha de nieve precipitándose al vacío y la velocidad del alud es cada vez mayor. Las noticias caducan de un día para otro, las modas se agolpan y solapan entre sí, el tropel de noticias, novedades, estrenos, tendencias, publicaciones, declaraciones, etc., es tal que resulta difícil hacer un alto en el camino para intentar ubicarse y digerir tanta papilla mediática sin que uno quede irremediabilmente obsoleto al momento. En el mundillo literario la velocidad es algo más comedido pero al fin y al cabo la tendencia al frenesí es la misma.

A Wolfe, con la publicación de *Días perdidos en los transportes públicos*, gran parte de la crítica le recibió con los brazos abiertos y en algunos casos con una franca palmadita en la espalda. Con *Hablando de pintura con un ciego*, su siguiente poemario, las reverencias no fueron menos numerosas pero algunos reseñistas empezaron a dejar entrever ciertas reticencias porque aquello era «más de lo mismo». Con la siguiente entrega, *Arde Babilonia*, la queja fue a más. Y con *Mensajes en botellas rotas* ya fue el culmen. De hecho, Luis Antonio de Villena, reseñando este poemario, escribió:

Roger Wolfe –y esto no es un reproche– debe plantearse, como todo poeta, la necesidad de cambiar el modo de fabricar los poemas, al fin, artefactos. Pueden ser igual sus temas duros, su coloquialismo, su narratividad –ahora crecida– o su denuncia sorda de un mundo sin esperanzas, pero sería bueno que la técnica volviese más sorprendente su modo de hacer.⁵¹⁶

Lo curioso es que, debido a la grafomanía de Wolfe, entre la publicación de *Días perdidos en los transportes públicos* y la de *Mensajes en botellas rotas* no habían pasado ni cinco años. ¿Y qué son cinco años en la trayectoria de un escritor? ¿Y más en el caso de un escritor total como Wolfe, para el cual escribir es tanto como respirar⁵¹⁷?

⁵¹⁶ Luis Antonio de Villena, «Incendios cotidianos, aire sombrío», *El Mundo*, suplemento «La Esfera», 22-III-1997, p. 13.

⁵¹⁷ «El poema puede ser –de hecho es– una receta médica, un relajante, una manera de respirar.» (HG: 92)

La siguiente extensa cita del propio Wolfe parece escrita con la intención de aclarar este asunto; valga, pues, como réplica a cualquier acusación de repetitividad:

La verdad es que nunca me propongo conseguir nada especial, con ninguna de las cosas que escribo. Lo único que pretendo es poner, o intentar poner, la palabra en la página como me lo pida en cada momento el cuerpo, y hacer un poco lo que me salga de las narices. El objetivo básico es reflejar la condición humana tal como yo la concibo; pero ni siquiera eso es una intención a priori. Lo que salga o lo que haya allí sale o está allí simplemente porque sí. ¿Que tengo una particular visión del mundo? Por supuesto. [...] ¿Qué escritor que lo sea de verdad no la tiene? Y eso está presente en todo lo que escribo, está más o menos presente de la misma manera, aunque con las variaciones que el tiempo y los géneros, y mi incurable ciclotimia, determinen. Pero básicamente, cómo no, es siempre lo mismo. Lo que cuenta un escritor es siempre lo mismo, y a esto es a lo que quería llegar. Parece ser que una de las cosas que muchos críticos y reseñistas encuentran censurable es que uno se repita. Pero todos los grandes autores de la historia se repiten también. Son los «grandes temas» de siempre: la vida y la muerte, y la vida y la muerte, y la vida y la muerte. De dónde venimos, a dónde vamos, a qué demonios creemos que estamos jugando, y las demás milongas de rigor. ¿Qué coño espera esta gente? ¿Que nos pasemos la vida proporcionándoles nuevas oportunidades para sentar cátedra en los cenáculos? ¿Para seguir descubriendo continentes en sus patéticos vasos de agua turbia? ¿Cuándo se querrán dar cuenta estos capullos de que no hay nada que descubrir? Que el mercado editorial exija un constante alarde de falsos malabarismos imaginativos, y una permanente búsqueda del «más difícil todavía» argumental, no es asunto mío, ni tiene nada que ver con la literatura, cuyas preocupaciones básicas seguirán siendo las mismas mientras los seres humanos deambulen por este maltrecho planeta. La verdad del asunto es que hay bien poco que decir, y no digamos a estas alturas de historia. (QF: 85-86)

«Constatar lo obvio» en la obra de Wolfe viene a ser lo mismo que mantenerse firme ante la tempestad ambiental que intenta arrastrarle hacia la ilusión del progreso incesante, la supuesta continua renovación de las letras, sin importarle cuántas veces haya sido dicho ya lo que él –sin filtrar los materiales por la metafórica rejilla de lo «literariamente aceptable»– se empeña en repetir. «Decir lo obvio –afirma el propio Wolfe– significa hablar de lo que realmente es importante, sin andarse por las ramas [...]. Se considera

que hay cosas que son indignas de ser literaturizadas. Y yo digo que no. [...] La banalidad forma parte de la vida.»⁵¹⁸

Escritura Total

Con cada nuevo libro, la obra de Wolfe asciende un peldaño más en su intención de derribar las barreras entre los distintos géneros y alcanzar la categoría de Escritura Total. Un autor que, como Wolfe, aspira a una concepción tal de su obra, se siente en la obligación de «publicarlo todo, absolutamente todo. Notas, cartas, periodismo, borradores, garabatos de la primera juventud, babas de la postrera senectud., todo.» (TM: 114) Y todo viene a ser más o menos lo mismo, ya que –como dejara dicho Goethe– la suprema dicha es la personalidad y, no importa bajo qué molde, los libros de Wolfe siempre terminan brillando por ese motivo.

[...] no me convence ni me ha convencido nunca –escribe Wolfe– el sistema de clasificación de géneros que rige los cánones literarios convencionales. Yo suelo hablar de escritores, al margen del género que cultiven, y también suelo decir que o hay un «escritor» o no hay nadie.⁵¹⁹

La Escritura Total de Wolfe es una gran carta fluyente, incesante, desplegándose sin cesar, registrando *lo que está ocurriendo*. Como cierto Sartre, Wolfe es una especie de *serial writer* que escribe sobre todo aquello que se menea y acaricia el proyecto de encerrar en sus palabras toda la vida circundante; como Bukowski, una suerte de periodista en verso de sí mismo⁵²⁰ que anota

⁵¹⁸ Entrevista de Álvaro Colomer, «Roger Wolfe», *Vanidad*, marzo de 1999, p. 53.

⁵¹⁹ Roger Wolfe, «¿Cómo escribí *El índice de Dios?*», en *Cómo escribí...*, Oviedo, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, 1998, p. 189.

⁵²⁰ «[...] todas las obras que escribo son obras sobre mí. En ese sentido me parezco a Bukowski. La gente me lee, o me deja de leer, o me ama, o me odia, por mí mismo; por el “personaje” que de mí mismo he creado en casi todos mis libros (otra cosa son mis novelas hasta la fecha). Más exactamente, por mi tono y por mi voz. Quiero decir que las cosas que yo digo –y en esto vuelvo a parecerme a Bukowski– las puede decir

a cada hora el *estar viviendo*. La Escritura Total es un memorialismo en presente, una literatura del yo viviente, es decir, una escritura constante y desde la inmanencia. Wolfe no pretende estar *en busca del tiempo perdido* sino *en el acontecer mismo*. Hay otros escritores españoles en vida como Umbral o Trapiello que, también grafómanos, prolíficos y polígrafos, y cada uno a su manera, parecen igualmente escribir desde –o vivir en– esta inmanencia. Para este tipo de autor «escribir es vivir para contarlo»⁵²¹ o, mejor dicho, «vivir contándolo»; *porque sí*, porque –como dijera Augusto Roa Bastos– cuando uno ya no puede hacer nada, escribe:

A estas alturas de la historia, y sabiendo lo que ya sabemos sobre el futuro a medio plazo de la humanidad y del planeta, escribir pensando en dejar una obra detrás es puro wishful thinking. Yo diría que sólo caben ya dos motivos para escribir: la salvación que cada nueva línea te ofrece aquí y ahora, antes incluso de publicarla y al margen de que algún día pueda de hecho llegarse a publicar; y la subsistencia económica. (OG: 87)

Pensamiento frontal

Wolfe es un escritor que piensa o, si se prefiere, un pensador que hace literatura. Wolfe reniega de la literatura demasiado literaria y desconfía de la filosofía pura. Hibridez, una vez más, irreverencia ante las fronteras, los límites, los corsés, las camisas de fuerza: Escritura Total. Toda la literatura de Wolfe está cargada de reflexión

cualquiera, no son nada del otro mundo (y a veces, como apuntaba el crítico que te mencionaba al principio de esta carta, son efectivamente perogrulladas); pero la cosa está en que *las digo yo*. Las mismas cosas en boca de otro no interesarían a mis lectores. Lo mismo le pasa a Pedro Juan Gutiérrez, a Henry Miller, e incluso a Raymond Carver, por ejemplo. Es la *persona* –en el sentido latino del término– lo que le insufla vida a las páginas. Hay ciertas cosas que escribo yo que sólo yo puedo escribir; tal como las escribo. Ésa es la percepción. El lector, por tanto, más que lo que escribo, *me quiere a mí*. Me quiere a mí, grapado en la página, contando mis movidas, dando mi visión particular, y por cierto que nada original (lo original no es lo que digo, sino el hecho de que lo diga), del mundo.» (Roger Wolfe, Carta inédita, 2-XI-2002)

⁵²¹ Roger Wolfe, «Vivir para contarlo», *Quimera*, diciembre de 2001, p. 47.

y todo su pensamiento está expresado en obras de creación. Se trata de un pensar pretendidamente subjetivo, siempre al hilo de lo emocional –puesto que «las emociones forman la base de la verdadera inteligencia» (OG: 49)–, y por tanto un pensar absolutamente *concreto*. El pensamiento wolfiano nunca cae en el delirio abstracto o en el merodeo metafísico; por el contrario, siempre se mantiene con los pies en el suelo, con un ojo en lo tangible. De ahí que Wolfe piense que «puede que el ensayo sea lo que más se parezca a la literatura químicamente pura. Al menos el ensayo entendido como lo entiendo yo. El ensayo casi como ejercicio de ampliación de lo epistolar.»⁵²² (No otra cosa hizo, por cierto, Montaigne al crear el género; y no otra cosa había hecho antes Séneca en sus famosas *Epístolas a Lucilio*.) Y de ahí también que afirme: «Yo me entiendo bien con los éticos. Los metafísicos no puedo con ellos.»⁵²³ Un ético es el propio Wolfe, si entendemos por tal a quien piensa, en última instancia, para entender e intentar así aliviar su vida, aquí y ahora, para conocerse mejor a sí mismo y por tanto mejorarse; es decir, el ético es aquél que aplica su reflexión a lo más concreto y real: a nuestra estancia en el mundo, a nuestro paso por la vida o –parafraseando a Neruda– a nuestra residencia en la Tierra.

El Wolfe pensador funciona por explosiones e implosiones. Su pensamiento es latiente, instintivo, confesional, opuesto al supuesto talante neutral y objetivo de los defensores de lo «serio»; es un pensamiento que –como ya hemos dicho– se sabe y se quiere subjetivo, arbitrario, vivo, concreto y, por lo tanto, veraz.

A Wolfe lo conceptual le interesa poco. Su actitud ante lo abstracto es la siguiente: no sólo le resulta indiferente, sino que *desconfía* de ello. Cuanto más riguroso y consecuente es un pensamiento, más distorsionada es la visión que ofrece del mundo. Así, el pensamiento se trueca en «pensar» y, mediante otra vuelta de tuerca, el pensar se convierte en algo que carece de valor si no constituye un riesgo. Este riesgo consiste en pensar contra todo y contra sí mismo, en minar toda convicción, en contradecirse una y

⁵²² Roger Wolfe, Carta inédita, 7-XII-2001.

⁵²³ Roger Wolfe, Carta inédita, 2-XI-2002.

otra vez y decir cuantas veces sea necesario que «el rey está desnudo».

«Yo tengo un compromiso como escritor: nunca callar contenidos»⁵²⁴, dice Wolfe:

[...] ese elemento de mi obra que tiene que ver con verbalizar lo que todo el mundo está pensando pero nadie se atreve a decir, aireando los trapos sucios que muchas veces se ocultan en los recovecos más siniestros de nuestra mente y nuestras emociones. Y empezando, por supuesto, por mí mismo. Ésa es precisamente [...] una de las cosas que echan para atrás a gente ante mi obra. Se cagan porque se ven reflejados con escalofriante precisión justo en el momento en que se acaban de bajar los pantalones y pensaban que nadie estaba mirando. De hecho, ése es el maldito quid de todos mis problemas. Tiro a matar. Aunque [...] no lo hago con propósito premeditado alguno de escandalizar, que es otra cosa por cierto que nadie acaba de comprender. Lo hago porque no puedo evitarlo; porque tengo que hacerlo; porque tiene que ser así, porque toda esa mierda tiene que ser sacada del armario, o de debajo de las escaleras o de la alfombra. Y ésa es, claro, mi perdición. Pero en ello seguiremos. Hasta que venga la muerte y nos dé por el esfínter del bul.⁵²⁵

Acorde con su anti-idealismo, Wolfe lo niega absolutamente todo: el Hombre, la Pureza, la Verdad, el Todo. Wolfe no obvia nunca un hecho tan rotundo como éste: el mal existe, y procede de los hombres. No olvidar nunca eso le impide a uno soñar con una comunidad perfecta y le lleva a afirmar que las sociedades no tienen fundamento. Por eso Wolfe no cree en la política⁵²⁶. Toda política

⁵²⁴ Entrevista de Álvaro Colomer, «Roger Wolfe», *Vanidad*, marzo de 1999, p. 53.

⁵²⁵ Roger Wolfe, Carta inédita, 2-III-2003.

⁵²⁶ «Muchas veces me defino como “anarquista”. El término no es válido, y tampoco lo sería el de “apolítico”. Y no porque todo ser humano haya de ser necesariamente político, como tantas veces se afirma, sino por el sencillo motivo de que para tener una creencia política, del signo que sea, hay que creer en la humanidad, y en la posibilidad de algún tipo de organización social colectiva, y yo no tengo esa creencia. Es más: reniego de mi especie. He de vivir en sociedad porque no me queda más remedio, pero eso no significa que acepte las reglas de un juego en el que nadie me preguntó si quería participar. El término más exacto para

–no importa el disfraz que se ponga– se reduce a esto: quien tiene la fuerza, o se supone que la tiene, puede hacer lo que quiera; por su parte, el individuo tiene «el deber» de tolerar y despreciar al Estado, que es un mal necesario, una cuestión de orden práctico.

No hay, para Wolfe, esperanza alguna, y sin esperanza la idea de verdad es imposible. Todo carece de fundamento. No hay absolutamente nada que hacer, no hay consuelo que valga, no hay excusa, paliativo o salvación posibles. Un pesimismo así termina resultando liberador; un pesimismo así es en cierto modo *alegre*: desesperado, sí, pero no afligido.

Y hasta en esto vuelve Wolfe a *contradecirse* una vez más:

Arde en la llama.– He aprendido tarde, aunque por suerte creo que no demasiado tarde, que disfrutar de la vida no es pecado. He sufrido mucho, sin duda; y el sufrimiento ha sido a menudo el resultado de las circunstancias que estaba viviendo. Pero también hay que decir que los artistas, los creadores, tenemos bastante de masoquistas. Nos gusta regodearnos en el dolor. El culto a la abyección y todas esas historias. La fatal herencia romántica.

Negarle sentido a la vida es tan absurdo como pretender afirmar su sentido por encima de todas las cosas. El sentido de la vida es el de una cerilla que arde: su razón de ser es su combustión. En esa combustión hay que saber quemarse.⁵²⁷

Final

Roger Wolfe tiene hoy cuarenta y dos años y sigue escribiendo. Tal y como hemos visto en los capítulos dedicados a su poesía y a su «ensayo-ficción», su obra no ha dejado nunca de evolucionar y en su última etapa ha dado síntomas de estar dando un viraje sustancial. Después de una década de producción frenética y de publicaciones sin pausa, su silencio de los dos últimos años, así como sus últimos libros hasta la fecha (el diario *¡Que te follen, Nostradamus!*, el volumen misceláneo de poemas y relatos *El arte en la era del consumo* y la última parte del «ensayo-ficción» *Oigo girar*

definirme sería, quizá, el de “antipolítico”. O simplemente, “inhumanista”. (OG: 40)

⁵²⁷ Roger Wolfe, Carta inédita, 3-III-2002.

los motores de la muerte) y sus desoladoras colaboraciones en *Quimera* durante el periodo comprendido entre finales de 2001 y comienzos de 2002, hacen pensar que la persona y la obra de Wolfe se encuentran en un proceso de transformación que las hará renacer de las cenizas a las que esa obra misma había reducido el mundo.

No hay, pues, que olvidar que estas páginas han de verse siempre como un acercamiento al primer Wolfe, y que el segundo Wolfe hundirá sus raíces en el mismo terreno que su antecesor, así como se alimentará del abono de las pasadas cosechas, pero ofrecerá otros frutos. Dependiendo de los elementos y de la robustez que el árbol adquiera, esos frutos serán más dulces o más agrios, más grandes o más pequeños, pero en cualquier caso de la misma especie.

Sea en la dirección que sea –es pronto para saberlo–, Wolfe se está ampliando y seguirá haciéndolo más y más a lo largo de los decenios, y –como diría Elias Canetti–, *no obstante, se mantendrá inflexible*. Y una vez más, el propio Wolfe ya ha dicho a su manera todo esto:

[...] mi dinámica es la de un meteorito incandescente en perpetua órbita parabólica o circular; la parábola o el círculo se van ampliando, y su diámetro total aumenta, pero el centro de rotación siempre es el mismo; no se desplaza nunca.⁵²⁸

Para terminar, sólo añadir que –parafraseando lo que Nietzsche dijera de Schopenhauer– estoy lejos de creer que he comprendido correcta y totalmente a Wolfe; en cambio, sí he aprendido a comprenderme un poco mejor a través de su obra, y esto lo convierte para siempre en acreedor de mi más profundo agradecimiento.

⁵²⁸ Roger Wolfe, Carta inédita, 20-XI-2002.